

DOMINGO PLÁCIDO. *La crisis de la ciudad clásica y el nacimiento del mundo helenístico*. Buenos Aires: Miño y Dávila, Colección Crisis / Nacimientos (dirigida por Julián Gallego), 2017, 279 pp. ISBN: 978-84-17133-00-9.

Eminente historiador del mundo antiguo clásico, Domingo Plácido nos ofrece en este nuevo libro un análisis de los convulsionados tiempos que marcaron el fin de la *pólis* clásica y el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad: la del mundo helenístico, surgido de la expansión territorial llevada a cabo por Alejandro Magno. Como manifiesta el autor mismo (p. 11), este libro es en gran parte una continuación de *La sociedad ateniense. La evolución social en Atenas durante la guerra del Peloponeso*, escrito hace dos décadas, aunque el énfasis no está puesto aquí en la ciudad ática, que pierde protagonismo desde su derrota en esa guerra, sino en toda la ecúmene helenística.

El libro está dividido en tres extensos capítulos precedidos de una brevísima “Introducción” en la que se explicitan cuestiones vinculadas con el método histórico, como por ejemplo la dinámica de la crisis y nacimiento, la inadecuación de términos como “decadencia” y la falta de linealidad de los procesos históricos.

En el primer capítulo, “Características generales de la ciudad estado en época clásica”, el autor repasa la estructura y los rasgos propios de la *pólis* en el período clásico hasta la batalla de Queronea, hecho que marca, para algunos historiadores, el verdadero final de la guerra del Peloponeso. Una breve mención de las características de la ciudad arcaica da lugar a una exposición más amplia de la Atenas del siglo V a.C. Los inicios de los profundos cambios que experimentó la *pólis* durante este siglo se remontan a los años anteriores a la guerra (la “pentecontecia”), en los que se configuran tanto el sistema democrático, cuyas instituciones son estudiadas detenidamente, como el imperialismo ateniense. En este sentido, para el autor, la guerra fue “una derivación necesaria del sistema democrático imperialista” (p. 22), y con ella, comenzó “la crisis del sistema basado en la concordia favorecida por el Imperio y apoyada en las ventajas de que disfruta el *dêmos*” (p. 23). Comienza entonces en el siglo IV una época marcada, en el plano político, por el protagonismo de la oligarquía, las luchas por la hegemonía, la restricción de la democracia, el desarrollo del poder personal y el evergetismo como modo de redistribución que reemplaza a los mecanismos cívicos; en el religioso, por la introducción de divinidades extranjeras y cultos místéricos; en el cultural, por el fomento del individualismo (auge del retrato, tipos de la Comedia Nueva, héroes de la recién nacida novela griega) y por el surgimiento de nuevas (o renovadas) escuelas filosóficas (estoicismo, epicureísmo, escepticismo) que se orientan hacia la moral personal y a lograr la felicidad individual; y, en el

militar, por la difusión del mercenariado. La ciudad se transforma gracias a la urbanización, la burocratización y el cosmopolitismo a medida que se van desdibujando los rasgos propios de la *pólis*. “La crisis de la democracia, como sistema representativo y como organización social, arrastró al mismo tiempo la crisis de la ciudad estado” (p. 65) y también la crisis de la ciudad hoplítica, crisis que sirvieron de “fundamento a la aparición de nuevos modos de concebir la *pólis*, como centro de actuación de personalidades destacadas que se asemejen a la realeza” (p. 65), que hicieron difusos los límites jurídicos entre los libres y los esclavos y por lo tanto cuestionaron “la eficacia de la ciudadanía como instrumento de garantía de la libertad” (p. 73) y que propiciaron la consolidación de los reinos despóticos característicos del mundo helenístico. Merece además la atención del autor la situación de las mujeres y los niños, y la crisis que también afectó a Esparta al término de la guerra del Peloponeso, en su afán imperialista de eliminar el poder persa en Asia Menor.

El segundo capítulo, “La monarquía macedónica y su herencia”, está dedicado al análisis de las consecuencias de todo ese período de transición descrito en el capítulo anterior. El autor ofrece un panorama de la dinastía gobernante en Macedonia remontándose prácticamente al siglo VIII a.C. El poderío macedónico se consolida en la época del rey Arquelaos, que contribuyó significativamente a la helenización del reino y a prefigurar, por lo tanto, los rasgos “de una nueva civilización en la que lo heleno representaba un fuerte elemento de cohesión en el plano cultural, sin abandonar sus [las de la monarquía macedónica] características diferenciales sobre todo en el plano político” (p. 116). Esta consolidación se profundizó luego con Filipo II en el poder, que, en alianza con las oligarquías de las ciudades griegas, se abocó a la conquista de otros territorios, en muchos de los cuales se conservaron, en lo formal, algunos aspectos del funcionamiento de las instituciones democráticas (que, en Atenas, por ejemplo, se conservaron hasta la época de Augusto), pero en los que a la vez el poder es cada vez más concentrado y adquiere características personalistas y la redistribución no depende ya de la democracia sino del evergetismo de los ricos y sobre todo del rey, considerado benefactor y salvador y, con el tiempo, objeto de culto y prácticas deificantes. La victoria de Filipo en la batalla de Queronea (338 a.C.) afianzó el poder de Macedonia y el suyo propio en Grecia, lo que no impedía que todavía en esta época los atenienses consideraran bárbaros a los macedonios, recientemente helenizados. El asesinato de Filipo permitió la llegada al poder de su hijo Alejandro, también, como su padre –aunque mucho más exitosamente– abocado a la formación de un imperio territorial (desplazando así al imperio persa) con fuertes elementos despóticos y aspectos formales de los sistemas orientales mediante una intensa política de fundación de ciudades. Éstas, en

general, funcionaban “como *póleis* griegas, en el sentido de que poseían magistrados y una *boulé*, [...] pero estaban sometidas a tributo y a la autoridad de un *epistátes*. Su régimen era desde luego oligárquico” (p. 161) y “todas ellas pretendían fortalecer la propaganda regia” (p. 167). El rey helenístico es un jefe militar y de él dependen las relaciones con las ciudades, frente a las cuales pretende mostrarse protector y poderoso gracias a la victoria (material y simbólica) obtenida en batalla y a la lealtad del ejército; es visto también como “conquistador de pueblos bárbaros” y como “represor de las aspiraciones del *dêmos* a conservar la libertad” (p. 178). En lo religioso, el sincretismo, junto con las prácticas individuales y ya no colectivas propias del clasicismo, y los ritos y la introducción de divinidades de origen oriental, fueron los rasgos sobresalientes de este momento.

Finalmente, el tercer y último capítulo, “La herencia de Alejandro”, presenta las luchas intestinas entre las personalidades rivales y los proyectos contrapuestos, una vez acaecida la muerte de Alejandro, de los sucesores de éste. Estas luchas, que parecerían demostrar que la “única herencia duradera” de Alejandro “fue la aspiración al poder personal” (p. 201), pusieron de relieve la falta de unidad interna y la fragmentación de los reinos conquistados, y solamente terminarían con la intervención romana en el 220, que logró la unificación que promovía el imperialismo romano. El personalismo, alentado desde los orígenes del imperio macedonio, y alimentado por las conquistas por parte de Alejandro de vastísimos territorios y pueblos, había sido tan exacerbado que ya no era posible pensar en “la unidad del poder en una sola persona” (p. 202), a lo que contribuía también la diversidad étnica, cultural, geográfica y estructural de los territorios conquistados, que “imponía la variedad en las formaciones políticas y administrativa de los nuevos reinos” (p. 202). El historiador expone aquí las causas y las vicisitudes de las guerras entre los diádocos a fines del siglo IV. En todo este período, al mismo tiempo, las ciudades pugnan por mantenerse relativamente independientes frente al avance de las monarquías para someterlas. Y dentro de ellas, se produce una crisis de los derechos de los ciudadanos libres, “que permite la organización de los sistemas clientelares que venían fraguándose en la crisis de la *pólis*” y que dan lugar al nacimiento del mundo helenístico (p. 222). El mundo comienza a ser percibido como el “auténtico escenario del ser humano, considerado asimismo desde una perspectiva global” (p. 232), de lo que da cuenta también la literatura, las “religiones de salvación propias de los estados despóticos” (p. 253) con monarcas divinizados y los mecanismos de adaptación, superposición y sincretismo entre elementos orientales y tradiciones griegas que caracterizan la vida cultural de la época. El capítulo se cierra con la intervención romana en el Mediterráneo oriental, “en un contexto que muestra la continuidad de los conflictos y las guerras en el

ámbito grecomacedonio” (p. 259). En efecto, con la batalla de Accio (31 a.C.) finaliza ese mundo nacido después de la crisis de la ciudad clásica.

A continuación se incluye una brevísima conclusión, que ofrece una ajustada síntesis de los procesos analizados en todo el libro: la crisis de la ciudad clásica, la disminución del protagonismo del *dêmos*, la desorientación de las oligarquías triunfantes, la intervención de una potencia fuerte como Macedonia, las conquistas de Filipo y Alejandro, las prolongadas luchas intestinas posteriores a la muerte de éste, la disgregación del imperio, y finalmente la intervención de Roma, que comenzaba su aventura imperialista. Cierra el volumen una detallada y actualizada lista bibliográfica que permite al lector continuar profundizando en los temas abordados.

La crisis de la ciudad clásica y el nacimiento del mundo helenístico constituye, de este modo, una estupenda continuación del ya clásico *La sociedad ateniense*. Mediante un riguroso, profundo y completo análisis, el autor nos invita a comprender los múltiples y variados factores que condujeron a la crisis de la *pólis* y dieron lugar a la sociedad helenística, sin descuidar aspectos culturales relevantes como la religión, la literatura y la filosofía, que se suman a un pormenorizado estudio de las cuestiones más enfatizadas, las históricas y económicas. La lectura de esta obra resultará, creemos, provechosa tanto para especialistas como para no especialistas, dado que aporta elementos para la comprensión de los complejos fenómenos que imprimen a esta época su vertiginoso dinamismo, no sólo a partir de las fuentes antiguas (Tucídides, Isócrates, Demóstenes, Plutarco, Polibio, etc.) que el autor demuestra conocer perfectamente, sino también a partir de estudios recientes de acreditados historiadores contemporáneos. Recomendamos, por lo tanto, la lectura de este libro a todos aquellos que deseen conocer los procesos que llevaron a la conformación de estructuras territoriales mucho más amplias que las *póleis* clásicas, los reinos helenísticos, y las características de estos reinos en sus primeras décadas, hasta la intervención romana.

MARCELA CORIA

Universidad Nacional de Rosario
coriamarcela@hotmail.com

Fecha de aceptación: 01-10-2018